

Estudio de Caso

Ruth Buendía y los Ashaninkas del río Ene: sobrevivir entre dos fuegos



“Para nosotros dónde vamos a ir, si es nuestro. Sabemos que los colonos en la ciudad tienen su chacra, pero nosotros dónde vamos a ir. Luchar, bien morir o recuperar nuestro terreno”.

Testimonio recogido en Puerto Ocopa.
Citado en Informe de la Comisión de la
Verdad y reconciliación, 2003

Cuando el mundo era de los Ashaninkas

Los Ashaninkas, “gente”, “paisano”, “familiar” en la lengua vernacular, son el pueblo indígena amazónico más numeroso del Perú. Según datos del Ministerio de Cultura su población en la actualidad es de 114,183 personas.

En el Perú asentamientos Ashaninkas pueden encontrarse en los departamentos de Junín, Ucayali, Huánuco, Cusco, Pasco, Ayacucho y en menor medida, Madre de Dios.

Además de ello, una gran población Ashaninka se ha asentado en los barrios marginales de la ciudad de Lima, adonde llegaron huyendo de la violencia y el genocidio al que fue sometido el pueblo Ashaninka durante los años del conflicto armado interno iniciado en 1980.

Asimismo, un pequeño grupo poblacional Ashaninka, no mayor de 869 personas, habita en Tierras Indígenas de la región del Alto Yurúa, en Brasil. Son los descendientes de los indígenas que llegaron a ese país a fines del siglo XIX huyendo de los caucheros peruanos que invadieron su territorio.

También hay pequeñas poblaciones Ashaninkas en el departamento de Madre de Dios, en Bolivia

La Comisión de la Verdad y de la Reconciliación (CVR), el grupo de trabajo interdisciplinario creado en Perú durante el gobierno de transición del presidente Valentín Paniagua para esclarecer las responsabilidades de la violencia política producida entre 1980 y el año 2000, considera que el pueblo Ashaninka fue uno de los pueblos indígenas más afectados por el terror ejercido por el Partido Comunista del Perú – Sendero Luminoso (PCP-SL), el Movimiento Revolucionario Túpac Amaru (MRTA) y sectores del ejército encargado de reprimirlos.

No existen datos precisos, pero la mayoría de especialistas e instituciones que se han ocupado del tema de la violencia política en el Perú calculan que de los 55 mil Ashaninkas que vivían en la Selva Central al iniciarse el conflicto, cerca de 10 mil fueron desplazados forzosamente en los valles de los ríos Ene, Tambo y Perené por los cuadros militares del PCP-SL o huyeron de sus comunidades de origen. Seis pobladores Ashaninkas fallecieron en este período de exacerbado terror.

Se calcula que durante los años de la violencia desaparecieron entre 30 y 40 comunidades Ashaninkas.

Localidad base de este trabajo: San José de Cutivireni

Provincia: Satipo

Departamento: Junín

Latitud Sur: 11° 51' 39.8" S

Longitud Oeste: 73° 55' 22" W

Altitud: 436 msnm

...

El vínculo del Perú oficial con los pueblos que habitan el inmenso territorio amazónico ha estado caracterizado históricamente por el desprecio y la invisibilización. Durante la Colonia, las fronteras del país de los *antis* o *chunchos*, así llamaban los incas a los habitantes de esta región indómita, apenas pudo ser ocupada por milicias enviadas desde Lima o por agricultores interesados en la producción de coca (*Erythroxylum coca*), un insumo fundamental en el engranaje económico de este período.

Los registros históricos dan cuenta de una relación tensa, de conflicto permanente, entre la avanzada colonizadora y los regnícolas. Los españoles de las haciendas Avisca y Tono, en la frontera selvática de Paucartambo, en el Cusco, para mencionar solo un

ejemplo, se quejaban, hacia 1689, de los reiterados ataques de los chunchos, a quienes había que enfrentar permanentemente. Incluso mencionan el trabajo de los matachunchos, *“cintinelas que resguardan la gente de la invasion de los chunchos que siempre esta de dia con sus armas defensibas y ofensivas”*.

Con el paso del tiempo *Chunchos, campas, aguarunas* fueron las denominaciones que se les fue dando a los habitantes de la exuberante Amazonía –una región que ocupa más del 60 % del actual territorio de la República del Perú. En todos los casos, se trataba de categorías cargadas de racismo y exclusión.

Los Ashaninkas de esta historia, llamados *campas* hasta hace poco tiempo, fueron uno de estos pueblos marginales, fronterizos que en el imaginario del país dominado por las élites criollas “vivían en los bosques de manera salvaje” y posiblemente practicaban el canibalismo.



Mapa de la Reserva Comunal Ashaninka. A un lado las comunidades que conforman la ECA – RCAS y al otro los territorios del Parque Nacional Otishi y la Reserva Comunal Machiguenga.

Una larga lucha

Clasificación del caso

Una las víctimas del “conflicto armado interno” fue la lideresa indígena Ruth Zenaida Buendía Mestoquiari (Cutivireni, 1977), activista ambiental galardonada en el año 2014 con el Premio Goldman por la lucha llevada a cabo como presidenta de la Central Ashaninka del Río Ene (CARE), la organización indígena representativa de las comunidades de la cuenca del río Ene, en contra de la construcción de dos plantas hidroeléctricas en el territorio ancestral de su pueblo.

Ruth Buendía nació y creció en la comunidad nativa de San José de Cutivireni, una misión católica fundada por los sacerdotes franciscanos de la provincia de Satipo, departamento de Junín. A los doce años se vio precisada a abandonar Cutivireni luego de la muerte de su padre, asesinado por error por un grupo de pobladores de su propia comunidad que lo tomaron por líder senderista.

Posteriormente ella y su familia –su madre y sus cuatro hermanos- fueron confinados en un campo de concentración del PCP-SL de donde logran escapar para internarse en el bosque y vivir a salto de mata cerca de un año. En medio de la violencia ejercida por el grupo terrorista y el ejército, los Buendía Mestoquiari, se refugian en la base militar que el ejército peruano instaló en 1991 en Cutivireni para recibir a los cientos de desplazados de las comunidades Ashaninkas de la cuenca del río Ene y emprender la reconquista de los territorios usurpados por el temible grupo terrorista.

Después de vivir un tiempo en la base militar, Ruth Buendía es enviada por su madre a Lima para trabajar como empleada doméstica donde fue abusada sexualmente. Tras una larga estadía en la capital, regresa a su tierra para tomar contacto con los demás miembros de su comunidad e integrarse al movimiento indígena.

Como dirigente de la Central Ashaninka del Río Ene (CARE), Buendía ha destacado por su denodada lucha por la recuperación del territorio comunal y la expulsión de las empresas hidroeléctricas y petrolíferas que intentaban desarrollar sus proyectos energéticos en la cuenca del río Ene pese a la oposición mayoritaria de la población.

La lucha del pueblo Ashaninka por su territorio logró un resonante triunfo al establecerse en el año 2003 la Reserva Comunal Ashaninka (RCAS), un Área Natural Protegida de 184,468.38 hectáreas ubicada en la parte media de la Cordillera de Vilcabamba, en el distrito de Río Tambo, provincia de Satipo, departamento de Junín, cuya co-gestión ha recaído en el Estado, a través del Servicio Nacional de Áreas Naturales Protegidas (SERNANP) y las comunidades Ashaninkas, Machiguengas y Kakintes de sus alrededores representadas por el Ejecutor del Contrato de Administración de la RCAS (Eco Ashaninka).

Con mi familia, sin darnos cuenta, nos refugiamos en esos bosques del territorio cultural de los Ashaninkas, comenta la lideresa indígena, actualmente miembro del consejo directivo la Asociación Interétnica de Desarrollo de la Selva Peruana (AIDSESP), la máxima organización de los pueblos indígenas amazónicos y vice-presidenta de la Central Ashaninka del Río Ene (CARE), a quien entrevistamos especialmente para el desarrollo de este caso.

Cientos de Ashaninkas, tal vez miles, nos refugiamos en esos montes, en esas alturas, para huir de los colonos [así llamaban los Ashaninkas a los miembros del PCP-SL, en su mayoría migrantes llegados del departamento de Ayacucho al iniciarse el conflicto armado interno] y de los militares; sin querer, con esa acción de legítima defensa, volvimos a recuperar las tierras de nuestros ancestros. Muchos hermanos Ashaninkas se han quedado en las alturas, rehuyendo el contacto con los peruanos, viviendo de la tierra y en permanente desconfianza, con miedo a que vuelva nuevamente la época de la violencia.

Esta es su historia.

Los años maravillosos

Ya debes saber mi historia. Soy de la comunidad de Cutivireni, nací allí en el año 1977. Mi papá y mi mamá se habían juntado y se fueron a vivir a la misión; para los Ashaninkas tener hijos, juntarse, es como estar casados. Lo mismo es.



A mi mamá la han criado los misioneros. En la época que ella nació los curas franciscanos eran los que se encargaban de evangelizar a los indígenas. Mi mamá es de Mestoquiari, por el río Ene, Puerto Unión. Llegando a la edad que le tocaba formar familia se juntó con mi papá. Los sacerdotes se la llevaron a la misión de San José de Cutivireni para que ella les cocine y allí nacimos nosotros.

Mi mamá cocinaba, mi papa era carpintero. Los dos hablaban castellano. Mi papá se llamaba Rigoberto Buendía, mi mamá se llama Soledad Mestoquiari. Mi mamá es

católica y a nosotros, de pequeños, sin consulta previa, también nos han bautizado (risas).

Los seis hermanos que tengo hemos nacido en la comunidad de Cutivireni. Cuatro mujeres y dos varones. Yo soy la segunda, soy la hermana mayor.

En Cutivireni, viviendo con mi comunidad, aprendí la cultura de mi pueblo...

Vivíamos en contacto permanente con el bosque. Recuerdo que un día mi hermanito Clever llegó corriendo a avisarle a mi papá que una huangana (Tayassu pecari) había caído en un hueco. Yo me encontré primerito con él: "Hermano, le dije, corre, dile a mi papá que vaya rápido antes que llegue el tigre". Así fue; mi papá fue corriendo donde estaba la huangana y se dio con la sorpresa que eran dos, dos huanganas para poder comer.

Ese es el vínculo que teníamos con el bosque. El bosque nos proveía alimento, no es como en Lima. Aquí tienes que ir al mercado y hacer tus compras. En nuestra comunidad no había mercado, teníamos que ir necesariamente al bosque. Por eso es que tenemos tanto vínculo con el bosque, por eso es que lo defendemos y no solamente al bosque, también a la biodiversidad que da los alimentos y la medicina que seguimos utilizando.

En la zona que yo nací, todos éramos Ashaninkas originarios. Mis hermanos me cuentan que, en ese entonces, en el Ene, los hermanos pensaban que éramos la única nación que existía en todo el mundo. Como no salíamos de nuestra zona pensábamos que el bosque del otro lado también era nuestro. No sabíamos que existía Lima, que existía el país Perú. Vivíamos libres, éramos felices... pero un día todo eso se acabó, llegó la violencia y tuvimos que empezar a morir...

Una larga historia

Características demográficas y culturales del pueblo Ashaninka

Diversos estudios refieren la presencia de pueblos de la familia Arawak en la Amazonía peruana desde hace más de tres mil años. Los antepasados de los Ashaninkas debieron llegar desde el norte amazónico hacia las tierras aluviales del río Ucayali luego de ser desplazados de sus territorios originales por grupos humanos más belicosos.

En la llamada Selva Central conforman la familia etno-lingüística Arawak: Ashaninkas, Yaneshas, Yines y Machiguengas.

Instalados en la Selva Central del Perú, una extensa región que comprende las actuales provincias de Satipo y Chanchamayo, en el departamento de Junín; Oxapampa, en el departamento de Pasco y la zona del Gran Pajonal, en el departamento de Ucayali, el pueblo Ashaninka se vinculó con otros pueblos amazónicos a partir del intercambio de bienes muy apreciados como la sal, un insumo vital para la sobrevivencia de los grupos indígenas que era obtenido en el llamado Cerro de la Sal.

El Cerro de la Sal se convirtió en territorio sagrado para los Ashaninkas, quienes históricamente han sabido utilizar este espacio ceremonial para tejer importantes redes sociales entre las familias de la nación en formación e incrementar el prestigio de sus miembros en la Amazonía central del Perú.

Los hallazgos de hachas de bronce en el territorio ancestral del pueblo Ashaninka, permiten aseverar que mantuvieron relaciones de intercambio con poblaciones andinas desde épocas anteriores al dominio incaico. Los estudios del prestigioso arqueólogo estadounidense Donald Lathrap han determinado que las culturas de la selva tropical contribuyeron al desarrollo de las grandes civilizaciones andinas mucho más de lo que se había considerado.

Posiblemente los Ashaninkas intercambiaban con los pueblos andinos del otro lado de la cordillera plumas, plantas medicinales, madera y carne de mamíferos. De las civilizaciones andinas recibieron a cambio herramientas elaboradas con metales desconocidos para ellos.

En tiempos de los Incas este intercambio se intensificó notablemente favoreciendo el desarrollo de los grupos Ashaninkas instalados en una frontera que permitía una fluidez comercial y cultural muy significativa. Algunos autores afirman que militares Ashaninkas ocuparon puestos de importancia en el poderoso ejército Inca.

Un siglo después de producida la conquista del Perú, hacia el año 1635, se inicia formalmente el proceso de evangelización de los pueblos Arawak de la Selva Central a manos de los sacerdotes dominicos y franciscanos quienes ingresaron al territorio ancestral de los Ashaninkas desde las ciudades de Tarma, La Merced y Satipo.



**Catarata Tsiapo, Reserva Comunal Asháninka.
Fuente: Eco - Asháninka**

Hacia 1675 se podían contar 38 misiones católicas en tierras de los Ashaninkas y Yaneshas del departamento de Junín. En el año 1725, los sacerdotes franciscanos a cargo de la labor misional en la Selva Alta fundan el Convento de Ocopa, uno de los centros de evangelización más importante en tiempos de la Colonia.

Esta primera ocupación occidental produjo una gran mortandad en el pueblo Ashaninka debido principalmente al impacto negativo de las enfermedades traídas por los colonizadores. El vínculo entre las poblaciones indígenas y los curas doctrineros fue tenso y por momentos de franco enfrentamiento. Los misioneros que arribaron a la Selva Central trataron de agrupar a los regnícolas en reducciones donde eran obligados a dejar de lado sus tradiciones y medios de vida consuetudinarios para adaptarse a un sistema económico y social que recusaban.

Hacia mediados del siglo XVIII la situación se volvió insostenible. En 1742 un indígena de origen quechua nacido en el Cusco y educado dentro de la propia iglesia católica, que se hizo llamar Juan Santos Atahualpa en alusión al inca asesinado por Francisco Pizarro en los sucesos de Cajamarca, se puso al frente de una rebelión anti-colonial en la Selva Central de características inusuales.

Alzado en armas contra los misioneros y españoles asentados en la región, Juan Santos Atahualpa logró unificar a los Yaneshas, Ashaninkas, Shipibos, Konibos y pobladores de otras etnias amazónicas, hasta entonces conflictuados y en guerras permanentes entre sí, para formar un poderoso ejército interétnico que expulsó a los curas y colonos españoles de la Selva Central.

Las proclamas del líder rebelde, que aseguraba ser descendiente de los últimos incas del Cusco, hacían hincapié en la expulsión de los españoles y los esclavos negros del

Perú, para de este modo reinstaurar el imperio de los Incas y rescatar las costumbres autóctonas.

La gesta de Juan Santos Atahualpa, un personaje mitificado hasta el día de hoy en el imaginario de los pueblos amazónicos de la Selva Central, significó para el pueblo Ashaninka un punto de inflexión en su lucha por recuperar los territorios perdidos como consecuencia de la invasión occidental.

Desde entonces la población indígena amazónica no ha dejado de resistir, de diferentes maneras, la ocupación de sus territorios por parte de los colonos o foráneos llegados desde la costa y los Andes.

Como lo han mencionado diversos estudiosos de las sociedades indígenas tradicionales, la pervivencia en el imaginario indígena del mito de Inkarrí, un relato milenarista que da cuenta del retorno del último Inca muerto en Cajamarca cuya cabeza, cercenada de su cuerpo, está buscando juntarse para “terminar ese período de desorden, confusión y oscuridad que iniciaron los europeos” (Flores Galindo, 1998), favoreció la rebeldía indígena. Como veremos más adelante esta referencia al retorno a las huacas, al pasado, se convertirá en un continuo en la historia de los movimientos de resistencia anticolonial en los andes-amazónicos.

La insurgencia del líder rebelde y los pueblos que lo secundaron interrumpió la colonización española de la Selva Central por más de un siglo. La corona se vio precisada a retirar a sus súbditos y a reforzar las débiles fronteras que separaban el territorio bajo su dominio de las tierras rebeldes para evitar que el brote insurgente cruzara la cordillera andina.

Con la llegada de la República, la naciente burguesía dependiente del guano y el capital extranjero empezó a mirar nuevamente los territorios indígenas. Para este nuevo grupo colonizador la región se convirtió en una despensa inagotable de coca, fruta, madera, sal, algodón, caña de azúcar y otros productos valiosos. Poco a poco, los colonos y los curas católicos fueron recuperando posiciones dando inicio a un segundo proceso de ocupación del territorio Ashaninka. Esta situación originó el desplazamiento de numerosas poblaciones indígenas hacia las cuencas de los ríos Ene y Tambo.

Posteriormente, entrado el siglo XX, la penetración colona se intensificó por toda la provincia de Satipo, viéndose obligados los Ashaninkas a moverse hacia nuevas zonas. A partir de la década de 1960 la migración desde el valle del río Apurímac se hace más fuerte en la cuenca del río Ene y las zonas montañosas de las cordilleras de Vilcabamba y Pangoa. Por primera vez en más de tres siglos de contacto con el mundo occidental, los Ashaninkas de la Selva Central son obligados a abandonar sus territorios ancestrales para buscar nuevas tierras donde asentarse.

Sobre el particular Ruth Buendía comenta lo siguiente:

Yo he vivido siempre entre Ashaninkas, protegida por mis padres. Luego, con el tiempo, he ido descubriendo quienes eran los colonos. Nosotros llamamos colonos o choris a los migrantes, a los que no son Ashaninkas, serranos en su mayoría, foráneos. Mi esposo, por ejemplo, es chori, si mi padre hubiera estado vivo no hubiera permitido que me case con un chori [risas], mi esposo es hijo de migrantes [el esposo de Ruth Buendía es el ingeniero civil Freddy Antezana].

Chori, colono, así los llamábamos.



Una nación antigua

Los Ashaninkas, como la mayoría de los pueblos indígenas de la Amazonía peruana, se han dedicado desde tiempos inmemoriales a la caza, la pesca y a la agricultura de tala y quema. Las primeras actividades están vinculadas a los hombres; la agricultura, la chacra, los cultivos agrícolas a las mujeres.

Stefano Varese, el antropólogo peruano que estudió la sociedad Ashaninka en la década de 1960, menciona que la yuca o mandioca (*Erythroxylon coca*) es el producto central en la alimentación y organización de este pueblo. Sin este cultivo propio de los pueblos amazónicos la ocupación de la tierra y el fortalecimiento de las redes sociales hubiera sido muy difícil en estas regiones ásperas.

Además de la yuca, de la que producen diferentes variedades, los Ashaninkas han logrado cultivar plátanos, maníes, frejoles, camotes, sacha inchi y otros productos.

En las últimas décadas las familias Ashaninkas han incursionado con relativo éxito en la producción de café y cacao, actividades que han empezado a conectar a sus integrantes con los mercados locales y regionales. También se están dedicando a la crianza de animales menores, especialmente gallinas.

Las mujeres Ashaninkas se dedican a la cerámica, el tejido de cestos y de ropa de algodón, actividades en las que son sumamente diestras. Aunque el uso de mercancías y vestimentas modernas han ido suplantando estas prácticas tradicionales, las mujeres siguen confeccionando las *cushmas*, el vestido de una sola pieza elaborado con hilo de algodón nativo que utilizan los pueblos Ashaninka, Amuesha, Yanesha, Machiguenga y Yine, todas pertenecientes a la familia Arawak.

Con respecto al tipo de asentamiento, los Ashaninkas de la actualidad suelen vivir en comunidades pequeñas y un tanto dispersas, en todos los casos en torno a los servicios de salud y educación brindados por el Estado. Sus chacras se encuentran al interior de los bosques comunales donde suelen construir una segunda vivienda que utilizan durante las temporadas agrícolas y de caza.

Sobre el patrón de asentamiento Ashaninka y el de la mayoría de pueblos indígenas amazónicos es importante mencionar lo siguiente:

“A diferencia de las comunidades andinas, los pueblos amazónicos son sociedades que tradicionalmente se han opuesto a la construcción de un Estado como forma de organización política. Castres (1981) explica que este tipo de “sociedad contra el Estado” se caracteriza por estar conformada por grupos locales o clanes con una economía de autosubsistencia y con derecho a un territorio exclusivo (un ecosistema de abundancia, que requiere de poco tiempo para la producción). Este tipo de sociedad es a la vez *totalidad* y *unidad*. Unidad puesto que mantiene su homogeneidad social y política, rechazando la división social y las jerarquías de poder. Estas sociedades no logran alcanzar grandes dimensiones sociodemográficas por su tendencia fundamental a la dispersión.

Estas características se oponen a los fundamentos del Estado: la concentración y la división social” (Villapolo, Leslie. En “Jamás tan cerca arremetió lo lejos”, 2003)

Costumbres Ashaninkas

A pesar de lo que suele decirse del espíritu guerrero de los Ashaninkas, los hombres y mujeres de este pueblo suelen evitar por lo general el conflicto, “cuando un nativo se enfada con su vecino, anota el periodista peruano Joseph Zárate en el reportaje que le dedica a Edwin Chota, el líder Ashaninka de la comunidad de Saweto, en Ucayali, asesinado por las mafias de la madera ilegal en el año 2014, se va al monte para calmarse y luego regresa a conversar. Para un Ashaninka no hay nada peor que odiar o matar a un familiar”.

Sin embargo, cuando se trata de defender su territorio, como sucedió durante la rebelión de Juan Santos Atahualpa en el siglo XVIII o durante los años del “conflicto armado interno”, los Ashaninkas pueden convertirse en los guerreros más fieros. Entre todos los pueblos amazónicos, nadie domina el arco y la flecha mejor que ellos, concluye Zárate.



Familia Asahaninka del río Ene durante los años del conflicto armado interno. Fuente: peruecologico

Los Ashaninkas se consideran familiares entre sí, no importa si pertenecen o no a otra comunidad o tengan apellidos diferentes. Ruth Buendía suele referirse a los Ashaninkas como hermanos y comenta que los apellidos occidentales que llevan son los que les pusieron misioneros que los bautizaron o los funcionarios de Registros Públicos.

Son solidarios entre sí, comparten la comida que hay en casa o en la chacra aun cuando esta sea escasa. Cuando un Ashaninka llega a la vivienda de otro, beben *masato*, una bebida muy popular hecha a base de yuca fermentada con la propia saliva, y comen lo que tienen a la mano, normalmente plátanos, maíz, camote o frejol.

Una madre Ashaninka no puede nombrar a su hijo muerto. Cree que, si lo hace, no dejará que su espíritu vaya al cielo.

Los Ashaninkas consideran que en el mundo hay enemigos invisibles, demonios, a los que ellos llaman *kamaris*. Los *kamaris* se esconden en el bosque de donde salen para *dañar* -hacer daño- a los humanos. En los años del conflicto armado interno, los Ashaninkas llamaron *kamaris* a los senderistas.

En la actualidad, según los testimonios recogidos por Zárate para el reportaje mencionado, los Ashaninkas llaman *kamaris* a los traficantes de madera.

Solo los chamanes o *sheripiari* tienen la facultad de conversar con los espíritus que viven en los bosques, las montañas, las lagunas, las quebradas y los ríos. Son ellos los que pueden curar las enfermedades y los daños causados por los brujos. Normalmente los *sheripiari* realizan su trabajo con la ayuda de las plantas sagradas, el tabaco y la ayahwasca, las más conocidas entre todas.

Testimonios recogidos por los pobladores Ashaninkas del río Ene dan cuenta que algunos *sheripiari* y sus familias solían vivir en las partes altas de estos territorios dedicados al cuidado y la recolección de las plantas que usan en sus ceremonias de sanación. Para los Ashaninkas las cumbres de las montañas son lugares sagrados íntimamente relacionados con otros elementos de su cosmogonía como los relámpagos y los truenos. Ellos, los *sheripiari*, son los que de alguna manera se encargaron de resguardar el territorio que ahora es parte de la Reserva Comunal Ashaninka, se lee en un documento del SERNANP.

De las divisiones naturales y desplazamientos tenemos que los Ashaninkas se han agrupado de la siguiente manera:

1. Ashaninkas de los valles del río Pichis y Perené,
2. Ashaninkas de los valles de los ríos Apurímac, Tambo y Ene, y
3. Ashaninkas del Gran Pajonal, que también se autodenominan Asheninka.

Historia de la demanda y estrategia de acceso

Como se ha mencionado líneas arriba, a inicios de la década de 1980 la violencia irrumpió en el territorio ancestral de los Ashaninkas de manera imprevista, tiñendo de sangre y muerte a sus comunidades nativas y a las poblaciones de los valles y bosques donde se habían instalado.

La nación Ashaninka sufrió como ninguna otra los avatares de la violencia que sacudió al Perú durante ese período. Según estimaciones de la citada Comisión de la Verdad y la Reconciliación (CVR), el “conflicto armado interno” causó la muerte de casi 70,000 personas, cinco mil de los cuales fueron Ashaninkas.

El Partido Comunista del Perú – Sendero Luminoso (PCP-SL) inició su llamada “lucha armada” el 17 de mayo de 1980 en la aldea quechua de Chuschi, en el departamento de Ayacucho, un día antes de la realización de los comicios electorales para elegir nuevo presidente de la República después de doce años de dictadura militar.

Las primeras acciones armadas del movimiento subversivo de orientación maoísta no fueron tomadas en cuenta con la importancia debida por el gobierno recién instalado que en pocos meses tuvo que hacer frente a una seguidilla de atentados terroristas

que rápidamente se extendieron por los demás departamentos de la sierra sur del Perú, paradójicamente una de las regiones más desfavorecidas del país.

La estrategia del PCP-SL, según el historiador Antonio Zapata (2017), basada en el ejercicio de la violencia contra “los malos elementos que existen en toda comunidad: abusadores, beodos, comerciantes o comuneros inescrupulosos”, otorgó prestigio a sus militantes y el sustento social que buscaban entre la población local.



La guerra envolvió rápidamente a todas las comunidades del río Ene. La militarización de la vida diaria se convirtió en una terrible constante. Fuente: Alejandro Balaguer.

Con el aumento de los enfrentamientos entre la policía encargada en un primer momento de la represión del movimiento subversivo en Ayacucho “la guerra [volvemos a citar a Zapata] arrancó enfrentando a unos campesinos contra otros”. **En ese contexto de incentivación del conflicto armado, un importante contingente de militantes senderistas, siguiendo directivas del comité central del PCP-SL, se traslada a los territorios Ashaninkas de los ríos Ene y Apurímac con el objetivo de militarizar la región y tomar contacto con los carteles de la droga que operaban en la zona.**

La arremetida senderista en la cuenca del río Ene a través del autodenominado “Comité de Colonización del Río Ene”, generó graves conflictos al interior de las comunidades nativas. El centro poblado de Cutivireni, la comunidad de origen de Ruth Buendía, no fue la excepción a este problema.

Hacia mediados de la década de 1980, columnas armadas del Movimiento Revolucionario Túpac Amaru (MRTA) comenzaron a operar en las provincias de Oxapampa y Chanchamayo agudizando la violencia en la Selva Central. La población Ashaninka se dividió entre quienes apoyaban la prédica y el accionar de los llamados colonos o compañeros y los que intentaron resistir el adoctrinamiento, enrolamiento forzoso y el terror. Muchos pobladores Ashaninkas y mestizos se vieron precisados a huir hacia otras localidades de la región teniendo que abandonar sus propiedades.

Durante ese período oscuro, de exacerbada violencia y desplazamientos forzosos, se puede leer en el informe final de la CVR, “el PCP-SL logró aislar física y psicológicamente a los Ashaninka manteniendo un control estricto sobre el territorio «liberado»: cerrando todos los aeropuertos y restringiendo el acceso fluvial. Solo podían navegar por el río quienes tenían previa autorización del partido”.

Los senderistas convencieron a los Ashaninkas, comenta una estudiosa del conflicto, “con promesas de acceso directo y rápido a los bienes de los foráneos” (Villapolo, 2003). Fueron los profesores de las escuelas unidocentes y también los técnicos sanitarios asignados a las postas médicas de la región los primeros en enrolarse en las filas de la sedición armada.

La citada Villapolo comenta que la aceptación por parte de ciertos sectores de la población Ashaninka de un “futuro utópico”, de acceso rápido a los beneficios inherentes al nuevo Estado impuesto por el PCP-SL, pudo haber sido favorecido por la permanencia en el imaginario de este pueblo amazónico del mito de Pachacamaite, un relato oral que da cuenta del retorno a la tierra del Sol (Pavá, Tasoréntsi o Dios) para devolverles a los ashaninkas el acceso a los bienes y la prosperidad que los foráneos les habrían arrebatado a través de los siglos.

Para hacerse del control total de las comunidades indígenas, los “colonos” utilizaron diversos mecanismos. Los Ashaninkas eran amenazados constantemente con severos castigos, incluso la muerte, si trasgredían las órdenes del partido (que “tenía ojos y oídos” en todas partes). Asimismo, el PCP-SL logró convencer a la población bajo su dominio del peligro que significaba la presencia de los militares en su territorio. Los militares, de acuerdo a la prédica senderista, eran asesinos o violadores. Los miembros del PCP-SL los llamaban miserables.

En este escenario de terror institucionalizado y militarización del territorio bajo dominio de los mandos senderistas, muchas familias trataron de resistir huyendo a los bosques próximos o escondiendo a sus hijos en las quebradas y alturas para que el PCP-SL no se los llevara a los campos de concentración que fueron creando conforme se agudizaba el conflicto.

En 1988 la zona fue declarada en “estado de emergencia”. La violencia creció aún más.

“Huimos para salvarnos”

Tuvimos que huir, no nos quedaba otra salida, continua Ruth Buendía. El monte, el bosque, el territorio de nuestros ancestros se convirtió en un refugio para los Ashaninkas. Los que no pudieron abandonar sus comunidades ocultaron a sus hijos en las quebradas para que los colonos no se los llevaran a guerrear.

Cuando los padres iban a sus chacras a faenar aprovechaban para visitarlos, para comprobar que seguían vivos. Así hemos estado, duro fue.

“Vivíamos como chanchos, se lee en uno de los testimonios del drama Ashaninka recogido por la CVR, escondidos bajo el monte, durmiendo en el barro y comiendo sopa aguada... ya no nos sentíamos alegres. Si sentíamos tristeza, ya no comías, pensábamos en la familia, pensábamos en la chacra, no teníamos para comer, ya no dejaban libertad para comer para nuestros hijos, esclavizados. Ya no había masato en la vida...”.

A mi papá, continua Ruth, lo mataron los propios hermanos, los que se fueron a las alturas siguiendo al padrecito [se refiere al sacerdote franciscano Mariano Cagnon, párroco de Cutivireni que se ve precisado a huir de la comunidad con un grupo de pobladores Ashaninkas una vez producido el ingreso y posterior ocupación del centro poblado por el PCP-SL], a mi papá lo mataron por las puras.

Te voy a contar como fue. Como tenemos culturalmente la costumbre de visitarnos entre nosotros, un día vinieron a nuestra casa los que se habían escapado con el padre y mi papá amablemente los acogió. Comieron pescado, tomaron masato, mi familia los protegió. Uno de esos hermanos, asustado me imagino, fue el que conto que mi padre estaba apoyando a los colonos, a los comunistas.

Por eso es que lo mataron a él, seguro pensando que mi papá estaba guiando a los colonos a las alturas para matar a los soldados Ashaninkas que había armado el padre Mariano.

¿Qué podía hacer? yo era chica en ese entonces. Mi mamá no lo podía creer, se puso muy triste: “!Qué le han hecho a mi viejo, qué le han hecho a mi viejo!”, lloraba. Tuvimos que dejar la chacra para volver a nuestra comunidad. Allí nos recibieron los del partido comunista. Un cabecilla, un universitario, un chori fue el que nos apoyó. Nos quedamos a vivir en la casa que los mandos tenían, cuidábamos sus gallinas, sus plantaciones.



Un rondero Ashaninka con una bandera del PCP-SL como trofeo de guerra. Fuente: Alejandro Balaguer.

Pasó el tiempo, como diez meses, mi mamá se cansó de vivir como alojada y le pidió al partido permiso para volver a nuestra chacrita. Éramos cinco niños y una mujer viuda, sin marido: Yo, que era la mayor, Patricia, Clever, Rosita y Rigoberto que era un bebe de tres añitos nada más. Yo tendría doce o un poquito más.

Un día el partido fue a la casa y nos obligó a hacer comité. Entrenamiento le decían: era como una reunión de cientos de hermanos Ashaninkas viviendo cerca a la playa, pasando horas y horas entrenando para la guerra. “La guerra ya viene, nos decían, hay que estar preparados para matar a los miserables, nos decían”. ¿Quiénes serán los miserable, nos preguntábamos?

En ese campamento mi mamá vio mucha violencia, a los acusados de traición allí nomás los mataban. Mi mamá se dio cuenta que ese no era un partido con ganas de salvar a la gente sino más bien un partido asesino.

Se asustó mucho, se enfermó. De noche, de día, en plena lluvia hacían ejercicios como los militares. Yo por entonces solo hablaba Ashaninka, sabía muy poco de castellano. Los miserables, quienes serán pensaba. “Los miserables ya vienen, ya están en Kimbiri”, iban diciendo. Pasaron como tres días y empezamos a escuchar los helicópteros.

Cuando llegaron los helicópteros la gente empezó a decir: “Ya va a empezar la guerra”, algunos líderes del partido decían que había que marcharse a las alturas para seguir luchando. Había habladurías, como que, si los militares te agarraban, se quedaban con tu esposa, violaban a tu hija, eso se decía. Ya había ese temor, eso escuchaba mi madre,

así que pensó en escaparnos. Eso hicimos, nos fuimos a las alturas, cerca de la reserva comunal, tres, cuatro, cinco meses, allí hemos estado.

Vivíamos de lo que encontraba en el monte, yo me metía en las chacras que habían dejado los hermanos para recoger yuca. También a la chacra de mi papá. Me arriesgaba para darle de comer a mi mamá porque ella estaba enferma, le había chocado el susto [Soledad Mestoquiari, según lo referido por Vera Lentz, la corresponsal de guerra que logra fotografiar a la familia Buendía en un campo de refugiados, sufrió de paludismo durante los meses que permaneció oculta en el bosque]. Nuestra creencia es así, cuando te agarra el susto, la depresión, te puedes morir.

Si, ya me acuerdo, yo tenía doce años, iba para trece, las niñas Ashaninkas a esa edad ya asumen la responsabilidad de la casa desde que tienen su primera regla. Pero a mí en ese tiempo todavía no me daba mi regla (risas).

Se nos empezó a acabar la sal y ya no teníamos qué comer. ¿Qué hacemos le decía a mi mamá? Teníamos un hacha sin filo que usábamos para cortar las palmeras y comernos sus frutos. Yo solita desde las seis de la mañana hasta las doce del día cortando y cortando me la pasaba. Muy fuerte trabajaba.

Como era chibola [pequeña] no sentía el cansancio, para mí era una satisfacción darle de comer a mi mamá y a mis hermanos. Mi mamá estaba hueso y pellejo, ya no quería comer, tuve que obligarla a hacerlo. Coma, mamá, coma, le decía. No podemos quedarnos aquí, vámonos, le dije un día, de repente es mejor entregarnos a los militares, si nos matan a todos, mejor será para nosotros.

“Hay que hacerlo, me dijo mi mamá, yo ya no puedo más”.

A las ocho de la mañana del día siguiente dejé a mis hermanitos más pequeños en una choza abandonada y con Rosita fui por mi mamá. Como pudimos la llevamos...Mi mamá no quería que la cargara y se hacía tarde, ya eran como las cinco. Me desesperé. Entonces la cargué en mis espaldas como si fuera un atado de yucas: no pesaba nada.

Así hemos ido andando por el bosque día a tras días, sin hacer bulla, sin dejar rastros, cuidándonos que no nos agarre el tigre. Cuidándonos de los colonos, de los soldados, de los shepetiari...

Teníamos miedo. Un día encontré una balsa abandonada por los hermanos que habían subido a las alturas que nos podía servir. Mami, he encontrado una balsa para ir a la misión, le dije.. “Ya, me contestó, ya me siento mejor, ya estoy preparada”. Cuando estuvo bien recuperada nos subimos a la balsa, yo era el motorista (risas) y mi hermana Rosita iba en la punta, era la puntera. Con palo nomás íbamos. Ese río, el río Ene, el río Cutivireni, no es navegable, madera nomás hay, peligroso.

Puro palos, piedras, donde había remolino tenía que bajar para empujar la balsa con cuidado. Había olas grandes, en un momento el río me ganó y se partió la balsa. Perdimos las pocas cosas que teníamos, casi se nos va el Rigoberto, el bebe que ahora

tiene sus 28 años, mi mamá como sea lo agarró. Rosita chapó a los demás niños y nos salvamos.

Unos días después llegamos a la altura de una chacra que era del partido, allí estaban los centinelas. Pero tuvimos suerte, pasamos nomás, seguro que los comunistas, los que cuidaban esa chacra, se habían ido al baño o qué se yo, no estaban. Si nos agarraban nos fusilaban a todos...o nos llevaban de nuevo a su campamento.

Así fue que llegamos a la misión, bueno, a la base [el ejército instauró una base, militar en 1991 en Cutivireni] llegamos primero a un sitio donde había centinelas, ronderos eran. Seguro que nos habían visto. Se acercó uno de ellos, Isaac Ponce, un primo era. En nuestra cultura cuando nos conocemos o somos medio parientes nos decimos primos. Él nos reconoció. "Hola Soledad, ¿qué ha pasado?", le dijo a mi mamá. "Te has bajado de peso bastante", todo en Ashaninka. "¿Quién te ha traído?". "Mi hijita, pues, la Zenaida", le contestó, yo me llamo Ruth Zenaida. En la comunidad me conocen como Zenaida.

"Ella te ha traído solita, ¿estás segura que ella ha sido?, ¿no habrá sido el terruco quien te ha traído?" Yo entre mi decía no le va a creer. Yo estaba flaquita también, desnutridita. Tripita estaba. "Le voy a avisar al oficial", nos dijo. Para mí era una palabra nueva: oficial nunca había escuchado. ¿Qué será oficial?, pensaba. Oficial será remolino, pensaba (risas).

Gracias a Dios han entendido los oficiales, se han reunido con toda la comunidad y nos han aceptado.

Eso es lo que hemos vivido, salimos del monte para volver a Cutivireni, así hemos salido.

En la comunidad nos quedamos un tiempo, la comunidad fue creciendo, la salud de mi mamá mejoró. Nos alimentábamos de lo que nos daban los militares en la misión. Frijoles, pulenta, olla común. Si eran cinco, cinco raciones te daban. Yo llevaba a mi mamá al puesto de salud y allí la atendían, el enfermero empezó a coquetearme, yo no era de coqueteos, así que ya no la llevé: mi mamá ya está bien les dije. Ya no quise ir, yo tenía miedo, sabía que te podían violar, hacer daño.

Al tiempo dejamos la comunidad y nos llevaron a Mazamari, de allí a Satipo: Mi mamá tenía una hermana que nos había pedido. Reunificación familiar decían. Cuando la vio se abrazó a su hermana, nosotros mirábamos como pollitos.

En Satipo todavía había terroristas. Allí nos quedamos un tiempo, había discriminación, nos decían nativas, terrucas ... difícil era. Mi mamá no soportó más, así que gestionó con su comadre para que puedan colocar a sus hijas donde pudieran trabajar. Mi mamá me colocó con una señora muy buena para que pueda trabajar y sobrevivir. Para comer, para tener ropa. Mi mamá se quedó con los tres nenes más pequeños, nosotras las dos mayorcitas, nos hemos venido a Lima.

Al final la comunidad botó a los invasores. Hasta ahora en la zona les tenemos desconfianza a los colonos, a los que decidieron quedarse. Los hermanos Ashaninkas

tenemos muy marcados a los colonos; sin embargo, algunos jóvenes se han casado con los colonos y la comunidad va perdiendo sus tierras.

Cuando volvimos a nuestras comunidades le hemos pedido al Estado que se preocupe en devolverle al pueblo Ashaninka, a sus comunidades, las tierras, el territorio que nos han quitado. Por eso es que hemos apoyado la creación de la Reserva Comunal Ashaninka y del Parque Nacional Otishi, esos territorios son de los pueblos indígenas.

En esos bosques, en esas alturas viven hermanos indígenas en aislamiento. Nosotros los llamamos en lengua Ashaninka Kanoja Sati, que quiere decir lugareños de las alturas. Ellos viven en las alturas, no bajan, hacen trueque: carne, yuca, fruta por sal, aceite, ropa... Son familiares nuestros, son Ashaninkas, son hermanos Ashaninkas, Nosotros, todos, somos una nación. Somos hermanos.

No quieren regresar, tienen sus razones, tienen temor.

Nos corresponde por ley la co-gestión de la Reserva Comunal Ashaninka, pero no estamos conformes todavía con ese modelo. Es incompleto. Para nosotros una reserva indígena es mucho más que lo que tenemos, para nosotros una verdadera reserva indígena es un territorio integral.

Seguimos luchando para que nuestro territorio nos pertenezca de verdad, sin restricciones.

Por ahora nos prohíben hacer muchas cosas; sin embargo, las empresas petroleras pueden ingresar a sacar lo que hay en el subsuelo. Eso también es nuestro. Vamos a seguir luchando hasta lograr lo que los pueblos indígenas quieren.

Línea del tiempo

| | | |
|--|-------------|--|
| <p>El grupo terrorista PCP-SL ataca Cutivireni, destruye la infraestructura de la comunidad y somete por la fuerza a la población civil.</p> | <p>1989</p> |  |
|  | <p>1990</p> | <p>Se constituye el llamado “ejército Ashaninka”, una milicia armada formada por campesinos que se enfrenta al PCP-SL</p> |
| <p>El Estado peruano crea oficialmente la Reserva Comunal Ashaninka sobre un área de 184,468.38 hectáreas.</p> | <p>2003</p> |  |
|  | <p>2010</p> | <p>La Central Ashaninka del Río Ene (CARE) denuncia al Estado peruano ante la Comisión Interamericana de Derechos Humanos por la</p> |
| <p>El gobierno peruano cancela temporalmente la ejecución de la hidroeléctrica Pakitzapango.</p> | <p>2010</p> |  |

| | | |
|---|------|--|
|  | 2012 | El diario El País incluyó a Ruth Buendía en la lista de los cien personajes más influyentes de Iberoamérica. |
| Ruth Buendía obtiene el Premio Medioambiental Goldman. | 2014 |  |

Expectativas económicas, culturales y sociales

“La formalización de la propiedad rural en el Perú ha sido entendida por los gobiernos de turno como una vía para incrementar la producción agraria”, ha comentado la abogada Silvana Baldovino, experta en el tema de la Sociedad Peruana de Derecho Ambiental (SPDA), una prestigiosa ONG peruana.

Según datos de esta institución más del 50 % de la superficie del planeta está en manos de las poblaciones indígenas, las mismas que suelen permanecer marginadas de las decisiones que se toman en los centros de poder. Paradójicamente estos pueblos, lo han advertido los científicos que estudian el cambio climático, actúan como verdaderas “fronteras vivientes para controlar la deforestación y sus prácticas de supervivencia son totalmente compatibles con la conservación de la naturaleza”.

A pesar de todas las evidencias a favor del manejo apropiado de la tierra que les pertenece desde tiempos inmemoriales, **los pueblos indígenas y comunidades locales, un universo de 1,500 millones de personas, tienen una propiedad legal, formal, sobre sus territorios extremadamente precaria: solo el 10 % de sus tierras están debidamente tituladas**, situación que por cierto los condena irremediablemente a la pobreza, la degradación ambiental y a la pérdida de sus derechos fundamentales.

En el Perú, explica Silvana Baldovino, las instancias gubernamentales encargadas de impulsar la titulación de las tierras rurales han ido cambiando a lo largo del tiempo. Y también, lamentablemente, el interés del Estado en dar solución a un problema histórico que afecta principalmente a las poblaciones más vulnerables de nuestro país.

Sucede, como nos lo manifestó la especialista “que uno de los principales problemas que tiene nuestro país es que todavía no se reconoce como país indígena”.

A pesar de ellos y debido a la presión del movimiento indígena peruano, el año 2001 el Estado autorizó la creación de la Reserva Comunal El Sira (Huánuco, Junín y Ucayali); luego, en el 2002, hizo lo propio con la Reserva Comunal Amarakaeri (Madre de Dios). En el año 2003 se establecieron las reservas comunales Machiguenga (Cusco) y Ashaninka (Junín y Cusco). Un año después, en el 2004, se estableció la Reserva Comunal Purús (Ucayali y Madre de Dios).

En el año 2012 se crearon las últimas reservas comunales: Huimeki y Airo Pai, ambas en la región Loreto.



Población Ashaninka de la Reserva Comunal Ashaninka. Fuente ECO-Ashaninka..

Las Reservas Comunales, una categoría del Sistema Nacional de Áreas Naturales Protegidas por el Estado (SINANPE) regulada por un Régimen Especial (Resolución de Intendencia N° 019-2005-INRENA-IANP), se establecen con el objetivo principal de “conservar la vida silvestre para el beneficio de poblaciones rurales vecinas”. Se trata de un modelo de gestión innovador que ha merecido el reconocimiento de la Unión Mundial para la Conservación de la Naturaleza (IUCN) y el Congreso de Parques Mundiales para Áreas Manejadas por la Comunidad (CMPAs).

La norma de creación de las reservas comunales peruanas precisa que “el uso y comercialización de sus recursos se llevará a cabo de acuerdo a los planes de manejo, aprobados y supervisados por las autoridades, y dirigidas por los propios beneficiarios”. Para el caso de la Reserva Comunal Ashaninka, un colectivo compuesto por los representantes de 22 comunidades nativas (19 de ellas Ashaninkas, 1 Kakinte, 1 Machiguenga y 2 comunidades cuyos miembros son Ashaninkas y Machiguengas).

El modelo de las reservas comunales, pese a sus conocidas limitaciones constituye un paso adelante en la lucha de los pueblos indígenas por la titularidad jurídica de sus territorios ancestrales y el manejo de sus recursos naturales y culturales.

Hace mucho que los indígenas hemos entendido, comenta Ruth Buendía, que podemos vivir del bosque sin destruirlo, para ello necesitamos tener nuestros territorios debidamente titulados. La titulación del territorio integral de los pueblos indígenas es el paso que el Estado peruano debe dar para crear justicia y salvar nuestros bosques”.

Además de ello, para los pueblos indígenas el establecimiento de nuevas reservas comunales podría solucionar en parte el problema originado por el Estado al crear de manera unilateral áreas de protección nacional y regional sobre territorios indígenas, sin respetar la propiedad de los pueblos originarios y, peor aún, sin la participación de sus organizaciones de base en la toma de decisiones.

Ruth Buendía retoma su relato: *A veces sentimos que se crean reservas que parecen intocables, no quieren que los pueblos indígenas utilicen lo que es suyo, lo que les corresponde. Eso debe cambiar. Nuestro territorio, el bosque, es parte de nuestra integridad, si quieres hacer explotación tienes que hacerlo con cuidado, para que no se afecte el medio ambiente y a nuestras culturas.*

Los gobiernos y las empresas que vienen no son cuidadosas con el medio ambiente, no les interesa la vida de las personas de la zona, para ellos somos invisibles, animales que no tenemos derechos. A ellos solo le importa sus ganancias. Sacar de la tierra todo lo que se pueda sacar, finalmente ellos no viven acá, no toman el agua que nosotros sí tomamos.

Sin embargo, el movimiento indígena, lo han dicho sus principales dirigentes, ha decidido respaldar el modelo de las reservas comunales toda vez que con el mismo se reconoce el uso ancestral de estas áreas para fines de subsistencia y otros usos tradicionales de los pueblos nativos. Con el establecimiento de las mismas se garantiza, además, la conservación y el manejo de la biodiversidad subsistente, tomando en cuenta los valores, conocimientos, cosmovisión y espiritualidad de cada pueblo indígena.

Hay sicosis todavía, divisionismo. Conflictos. Hemos perdido los valores como colectividad, hay mucho individualismo, los hermanos quieren vender lo poco que tienen, quieren negociar la madera; antes no era así, se han perdido los valores, el respeto, la solidaridad, ahora todo es envidia, chisme. El Estado debería preocuparse por darle atención psicológica a todos los pueblos indígenas que han padecido lo que hemos padecido los Ashaninkas.

Tiempo de cambios

A pesar de haber finalizado oficialmente el conflicto armado interno que hemos descrito, las poblaciones Ashaninkas del río Ene siguen enfrentando numerosas amenazas que se ciernen sobre sus territorios. El Estado peruano ha seguido autorizando la ejecución de proyectos de inversión para que diferentes empresas exploten los recursos naturales de la Amazonía, sin consultar a la población indígena como establece la Constitución peruana y los tratados internacionales a los que se han ido adhiriendo los sucesivos gobiernos desde por lo menos 1980.

La Central Ashaninka del Río Ene (CARE) denunció en su momento la construcción de la hidroeléctrica Pakitzapango, un megaproyecto que representaba un peligro para las comunidades Ashaninkas del interior de la cordillera de Vilcabamba, puesto que la represa que se pensaba construir iba a inundar grandes extensiones de tierras y bosques (aproximadamente 73,400 hectáreas) de las comunidades nativas.

Enfrentados los Ashaninkas de la CARE al gobierno peruano, Buendía viajó a Washington en el año 2010 para sustentar ante la Comisión Interamericana de Derechos Humanos la demanda entablada contra el Estado peruano por insistir en la construcción de una obra que no contaba con la licencia social de los pobladores locales directamente afectados.



El periodista Joseph Zárate en el reportaje sobre la lideresa Ashaninka mencionada dice: “Vestida siempre con su cushma marrón, y la cara pintada con líneas rojas, Ruth Buendía visitó una decena de países —entre ellos Inglaterra, Noruega, España, Francia, Bélgica y Holanda— para juntarse con ministros del ambiente y banqueros que financiaban proyectos hidroeléctricos en el Amazonas. Incluso se reunió con ejecutivos de la constructora Odebrecht —inversionista del proyecto Pakitzapango— y los ministerios de Energía y Relaciones Exteriores de Brasil. Les advirtió sobre lo que pasaría si levantaban la represa en tierras Ashaninkas. *Pero si a pesar de todo no nos escuchan, correrá sangre* —les dijo aquella vez—. *Si nuestro gobierno no nos respeta, entonces nos haremos respetar*”.

No fue necesario. El gobierno peruano y la empresa brasilera Odebrecht, la compañía a cargo de los estudios técnicos y la posterior ejecución del proyecto, se vieron precisados a dar marcha atrás y postergar la ejecución de las obras.

Al poco tiempo la Central Ashaninka del Río Ene (CARE) con su aguerrida presidente a la cabeza, se opuso a la concesión del lote petrolero 108, asignado al consorcio Plus Petrol, denunciando que se superponía al territorio de la Reserva Comunal Ashaninka. Para la dirigencia Ashaninka los impactos sociales y ambientales de la obra ponían en riesgo la vida y la salud de las familias asentadas en el ámbito del Área Natural Protegida.

Sobre la negativa de la central indígena a las inversiones previstas por el Estado, Buendía comenta:

No nos oponemos por oponernos. Queremos ser incluidos, no queremos vivir apartados. Queremos que el Estado nos vea como personas con derechos, no queremos ser excluidos de la globalización de la que se habla, tampoco del desarrollo o del sistema.

Queremos que nuestros hermanos, que nuestros hijos tengan una buena educación... pero que las cosas, los cambios, se hagan con respeto, con buena fe. El Estado se aprovecha de la buena fe de los Ashaninkas y concede nuestras tierras a nuestras espaldas. ¿Por qué no nos dicen: “hermanos Ashaninkas, en sus tierras queremos hacer estudios, proyectos que les van a traer progreso”?

No hacen eso, eligen otro camino...

Un mundo por construir

Como hemos visto los Ashaninkas de las cuencas de los ríos Apurímac, Ene y Tambo llaman *kanoja sati*, a las poblaciones ashaninkas que se refugiaron en las partes altas de las montañas de la Cordillera del Vilcanota para huir de la violencia desatada por el grupo maoísta.

De acuerdo a la lógica estatal no son grupos en “aislamiento voluntario” ya que muchos de sus miembros mantienen relaciones de parentesco e intercambio con los pobladores de las comunidades nativas y centros poblados de las periferias. Se trata, al decir de los estudiosos, de un grupo indígena que constituye “un producto histórico de la forma peculiar en que se ha dado el contacto entre la sociedad Ashaninka y la sociedad nacional”.

Más allá de lo anterior, la población Ashaninka sigue sufriendo agresiones y la constante invasión sobre sus tierras. El narcotráfico, la extracción de madera legal e ilegal, las concesiones petroleras que el Estado ha entregado a particulares, la construcción de carreteras, la pobreza extrema y los remanentes del PCP-SL que todavía operan en la zona, siguen siendo amenazas latentes sobre este pueblo milenario. Pese a todo, los Ashaninkas de las tierras altas (“altureños”, “lugareños de las alturas”) han recuperado autonomía y dominio sobre los territorios que habían perdido.

En el territorio ancestral del pueblo Ashaninka –que incluye las tierras asignadas a la Reserva Comunal Ashaninka, el Parque Nacional Otishi y de alguna manera la Reserva Comunal Machiguenga (ver mapa), los dos extremos del mundo indígena del Perú de hoy conviven a pocos kilómetros uno del otro “en armónico contacto”.

“El estilo de vida tradicional de los grupos “aislados” inspira respeto en los Ashaninka de las comunidades, que hasta el día de hoy mantienen en gran medida un gran

interés por las creencias y costumbres de los antepasados en lo que respecta a su relación con el bosque y sus habitantes” (CARE, 2011).

...

En el año 2012 el prestigioso diario El País incluyó a Ruth Buendía en la lista de los cien personajes más influyentes de Iberoamérica. Dos años después, en el 2014, la lideresa Ashaninka obtiene el Premio Goldman.

Esos premios los han ganado los hermanos Ashaninkas, no son míos. Te lo vuelvo a decir: cuando se propuso la creación de la Reserva Comunal Ashaninka, más o menos por el año 2000, pensábamos que ese territorio iba a ser para nosotros... y que nos iban a dar la administración total a los Ashaninkas. Eso pensábamos. No fue así, el Estado nos engañó. Para el movimiento indígena amazónico una reserva indígena es mucho más de lo que nos han reconocido, para nosotros una reserva comunal o como quieran llamarla debería ser un territorio integral.

Un territorio para nosotros y para las futuras generaciones. Eso nos dijeron, eso es lo que no se ha cumplido. Por eso es que estamos luchando por la recategorización, porque en estas reservas todavía nos prohíben a nosotros hacer muchas cosas que las empresas petroleras sí pueden hacer.

Nosotros queremos que nuestro territorio nos pertenezca de verdad, sin restricciones. El Plan Maestro nos prohíbe muchas cosas. El Ministerio del Ambiente y las ONG no comprenden, tienen otras intenciones. Existen discrepancias entre el Estado y los pueblos indígenas. Queremos que nos dejen hacer actividades económicas. Sino ¿de qué otra cosa vamos a vivir los Ashaninkas?

Créditos

Responsable de elaboración:
Guillermo Reaño Vargas
Periodista, director del Grupo Viajeros.
Lima, Perú



Agradecimientos:
Ruth Buendía, líder Ashaninka, vicepresidenta de la CARE y secretaria nacional de AIDSESEP.
Esteban Morales, asesor de AIDSESEP.

Gisela Ravina, responsable de comunicaciones de AIDSESEP.

Ángela Arriola, antropóloga, coordinadora del programa para Pueblos Indígenas en situación de Aislamiento y Contacto Inicial (PIACI) de AIDSESEP.

Contactos:

Ruth Buendía Mestoquiari

ruthbuendiarione@gmail.com

Gisella Ravina

gisela.ravina@gmail.com

Asociación Interétnica de Desarrollo de la Amazonía Peruana

www.aidesep.org.pe

Av. San Eugenio 981 Santa Catalina - La Victoria, Lima-Perú

aidesep@aidesep.net.pe

prensa.aidesep@gmail.com

Telf: (+511) 471 7118

Libros y artículos referenciales referenciales:

- Central Ashaninka del Río Ene. Ashaninkas en la Reserva Comunal Amaraakaeri y el Parque Nacional Otishi. 2011
- Comisión de la Verdad y Reconciliación. Informe Final. 2003.
- SERNANP- Plan Maestro de la Reserva Comunal Ashaninka. 2012
- SERNANP-ANECAP. Reservas comunales del Perú. Co-gestión entre pueblos indígenas y Estado para la conservación y desarrollo. 2017
- Varese, Stefano. La sal de los cerros. Resistencia y utopía en la Amazonía peruana. 2006.
- Villapolo, Leslie. Senderos del desengaño. Construcción de memorias, identidades colectivas y proyectos de futuro en una comunidad ashaninka. En Jamás tan cerca arremetió lo lejos. IEP. 2003.
- Zárate, Joseph. Guerras del interior. Debate.2018.
- Zárate, Joseph. La guardiana de la Amazonía no puede dedicarse a su jardín. 2017 <https://josephzarate.lamula.pe/2014/11/17/la-guardiana-de-la-amazonia-no-puede-dedicarse-a-su-jardin/josephzarate/>

Fotos1. Lideresa Ashaninka Ruth Buendía recibe Premio Goldman 2014

Foto 2. Ejército Ashaninka. Fuente: Alejandro Balaguer

Foto 3. Holocausto Ashaninka. Fuente: Alejandro Balaguer

Foto 4. Niños Ashaninkas de Mazamari, en la selva central, reciben educación digital. Fuente: RPP

Foto 5. Ruth Buendía Mestioquiari: Fuente Musuk Nolte

Galería de imágenes





PERÚ MOVIMIENTO REGIONAL PUNTA RENAS





PERÚ MOVIMIENTO
REGIONAL
PUNTA RENAS

